



## CAPITULO XXIV. POBLACION.

### I

#### ESTADÍSTICA.

La población, considerada desde el punto de vista político, económico y social, ha dado margen á muchos problemas debatidos entre los estadistas y pensadores. Nosotros, en el presente artículo, nos limitamos á examinar tres puntos cuya apreciación envuelve las cuestiones principales suscitadas á este propósito:

- 1° Cuáles han sido en la historia las vicisitudes de la población;
- 2° Cuáles son las causas de su aumento ó disminución;
- 3° Qué relaciones hay entre la mayor y menor población y el bienestar de un pueblo.

Según los cálculos más probables, la Europa cuenta hoy con 280 millones de habitantes; el Asia 520; el Africa 70; la América 105; la Oceanía 22; viniendo entre todas á componer un total de 997 millones de habitantes próximamente, con relación á 6,000,000 de leguas cuadradas de terreno. Ahora bien, si tomamos como seguro este cálculo, resultará que por cada legua cuadrada de terreno se cuentan 135 habitantes, tomados todos en conjunto. Por lo demás, siendo tan grande la diferencia entre terrenos y países, hallaremos que al paso que en Europa se pueden contar 450 habitantes por legua cuadrada, en Asia no pasan de 330, y relativamente vienen á tocar á la Oceanía 66, al Africa 41 y 17 á la América. Esta misma diferencia se nota proporcionalmente en los varios pueblos

de Europa; así la Inglaterra parece tener por cada legua cuadrada 1,490 habitantes, la Francia 1,080, la Alemania 923, el Austria 750, la España 450, la Turquía 357 y la Rusia 170.

En cuanto á las alteraciones que ha podido sufrir la población en las diferentes épocas históricas, no puede formarse un juicio sólido y seguro; no falta quien afirme, y Montesquieu lo afirmó muy seriamente, que la población en los tiempos modernos es diez veces menor que lo fué en los tiempos antiguos; otros, por el contrario, opinan que ha ido aumentando paulatinamente con la marcha de los siglos, y no falta quien crea que no ha variado considerablemente la población del Globo, tomada en conjunto, por más que haya cambiado de regiones.

Los documentos que á este respecto pueden consultarse no presentan ningún carácter de certidumbre, por lo cual todos los cálculos pueden ser hipotéticos. La verdad es que países muy poblados en otro tiempo, están hoy desiertos, y viceversa, se hallan ocupados por una abundantísima población los que en otras épocas estuvieron desiertos. Ejemplos son Palmira de lo primero y Luteicia de lo segundo; sin embargo, no se puede afirmar que no se altera el número de habitantes del Planeta, porque así como cambian y se suceden las estaciones, el Globo ha sufrido también y probablemente sufrirá profundas revoluciones que afectarán por necesidad á la población; por eso, repetimos, que no puede afirmarse sin temeridad que la población sea siempre la misma, sin aumentar ni disminuir. ¿Cuáles son las causas que producen su aumento ó disminución? Stewart pretende que la abundancia de víveres es la medida de la población, porque donde el hombre no encuentra con facilidad su subsistencia, se retrae y abstiene de la unión bisexual, y por consiguiente de la procreación. Esto es cierto en general, pero necesita una explicación más determinada.

¿Por qué el obrero y el mendigo suelen tener por lo común numerosísima familia? Porque el obrero consagra todas sus ganancias exclusivamente á la alimentación de sus hijos, y el mendigo á su vez no se cuida ni de alimentarlos, supuesto que los confía á la caridad pública. ¿Por qué entre las clases elevadas, ó por lo menos de posición social, como sucede hoy entre abogados, literatos, empleados públicos y otras personas pertenecientes á las clases distinguidas y de influencia social, por qué, preguntamos, entre esas clases abundan tan poco los matrimonios y la procreación, sin em-

bargo de tener la subsistencia material asegurada? Porque la subsistencia social se contenta; es decir, la satisfacción de las necesidades ficticias y de lujo que la sociedad impone, no está completa en esas clases.

Ahora bien; no es la abundancia de víveres materialmente lo que, como dicen muchos, influye en la población, si esta abundancia no se encuentra acompañada de ciertas condiciones morales. La abundancia influye en el aumento de población cuando un pueblo tiene costumbres morigeradas, cuando no hay lujo, cuando no se encuentra abrumado por el dominio de las necesidades ficticias, en suma, cuando el bienestar material acompaña al bienestar moral. Consideremos entre los tipos de la sociedad moderna á aquel empleado cuyo sueldo bastaría á alimentar y sostener diez familias de una provincia ó de un pueblo cualquiera. No le falta, por lo mismo, el alimento; por el contrario, deja diariamente de sobra los más succulentos manjares. Y este hombre permanece soltero, y lo notable es que se conserva en este estado porque no se considera con medios para mantener á su mujer cuando él mismo no puede mantenerse, y empeñarse él, cuyo sueldo bastaría, repetimos, para mantener á diez familias de provincia. Y este hombre vive mal, vive inquieto, siente necesidades apremiantes que no puede satisfacer; necesidades que le imponen sus relaciones, es decir, que le impone con su tiránico é insensato imperio la vanidad. ¿Cómo es posible que ese hombre quiera buscar una compañera á quien mantener?

Se suelen señalar muchos hechos como causa de la disminución de una población, ó por lo menos como condiciones para que se conserve; pero todas son, por lo común, relativas.

La forma de gobierno es una de las circunstancias cuya influencia se ha exagerado más. Sin duda que un régimen de terror, un gobierno tiránico, puede influir pasajeramente con sus arbitrariedades á disminuir el número de los ciudadanos; pero estos son casos excepcionales.

Puede afirmarse de una manera absoluta, que la abundancia y baratura de víveres, la morigeración y frugalidad, un clima saludable, una vida pacífica, son condiciones que naturalmente contribuyen al aumento de una población.

Y no es necesario que para que un pueblo sea feliz, deba ser numeroso. A veces los pueblos padecen por el exceso mismo de su población.

## II

## AUMENTO DE POBLACIÓN.

Uno de los problemas sociales que más han preocupado á los filósofos, á los estadistas, á los gobernantes y aun á los indiferentes, es, sin duda, el aumento de la población en algunos puntos del Globo que parecen predestinados. Los economistas han encontrado fácil la solución de tal problema, y nosotros vamos de acuerdo con el axioma que asientan dos sabios maestros, Bestutt de Tracy y M. Say, de que *una población crece más mientras cuenta con mayor número de elementos para su subsistencia.*

Esto es irrecusable, y para probarlo pondremos algunos ejemplos: Rusia, *vervigracia*, que cuenta con extensos terrenos no explotados todavía, presenta á sus habitantes inagotables fuentes de subsistencia, y de allí proviene que aunque esta nación no es tan aventajada como las demás naciones europeas, se multiplica asombrosamente. En nuestro continente americano tenemos una república de gran entidad: los Estados Unidos del Norte, en donde es más asombrosa aún la procreación de la especie humana; pero en este territorio fecundo y exuberante, además de los innumerables elementos con que cuentan sus hijos, existe un arreglo social perfecto como no lo hay en la primera de las poblaciones mencionadas. Y dicho arreglo evidencia un elemento poderoso de vida y de progreso. Mientras más cultura poseen los habitantes de un país, mientras con más vigor dominan sus pasiones, combaten sus vicios, ejercitan sus virtudes y ensanchan sus relaciones, más y más crecen sus recursos, su crédito, sus riquezas y más pueden multiplicarse. Las crisis que sufren en algunas ocasiones los pueblos, consisten en el decaimiento de sus razas. Una raza débil, ignorante y apática tiene que retroceder y estacionarse, por muy exuberante que sea el suelo que le sirva de patria. Los elementos no solamente los proporciona la sabia naturaleza, sino también la voluntad del hombre. Si la pereza no se desecha con energía de los pueblos, de nada sirve que manen las riquezas en el suelo en que se establezcan. La naturaleza necesita el contingente poderosísimo

mo de la voluntad del hombre. El trabajo es una de las principales fuentes de la riqueza. La sociabilidad es una poderosa ayuda. Los pueblos salvajes nos dan una muestra de lo que influye el poco orden y cordialidad y el poco trabajo en la destrucción de las razas. Las razas primitivas que con su poca educación moral é instintos sanguinarios, sólo anhelaban la posesión absoluta de los territorios que se les presentaban á la vista, destruíanse mutuamente, se encontraban en constante pugna, y sin trabajar, saciando sus apetitos y necesidades únicamente con lo que les brindaba espontáneamente la feraz y exuberante naturaleza, y en continuo estado de guerra, se perdían pronto en el abismo del "no-ser," sin dejar huella de su paso. Pero sin necesidad de remontarnos á lejanas épocas, casi ante nuestros ojos se agitan en convulsiones retrógradas las últimas reliquias del salvajismo que nos han legado las antiguas generaciones. Frecuentemente llega á nuestras noticias la extinción de alguna tribu vandálica que, sin tener con qué cubrir sus carnes ni con qué refrigerar sus cuerpos, ocupados en la más sangrienta persecución contra la raza civilizada, mueren, sin dejar sucesión siquiera, en medio de la más pródiga y abundante naturaleza, pudiendo fortalecerse, multiplicarse, prosperar como los demás seres que les rodean, con sólo aceptar de éstos la comunión de doctrinas y de costumbres.

Es, pues, evidentemente cierto que de los elementos más ó menos abundantes con que cuentan las naciones para la subsistencia de sus habitantes, depende el aumento de su población; pero también es cierto que sin la cooperación de los hombres, de poco sirve la prodigalidad de su suelo patrio.

Únicamente la falta de elementos para el desarrollo de la existencia es lo que puede originar la retrogradación ó estacionamiento de los pueblos. Fuera de allí no hay rémora posible para su progreso. No podría procrearse con tanta facilidad la raza humana en un páramo como en una selva virgen, feraz, exuberante, pródiga. Hay más: las tribus que se estacionaran en un desierto donde hay carestía de cuanto es eminentemente necesario para existir, disminuirían tanto ó más que lo que otras tribus que tomaran posesión de un suelo sano y fecundo. Aun hay más: en los países donde los elementos son suficientes, con prontitud y facilidad pueden repararse las pérdidas que alguna hecatombe pudiera surgir. Prueba evidente de ello es que poblaciones en que ha habido á veces

continuadas catástrofes, se encuentran llenas de vigor y de vida constantemente; tales son Bélgica y Lombardía. Pero para que los medios de que la Naturaleza nos provee para cubrir nuestras necesidades sean aprovechados, se necesita, además, que haya entre los habitantes de los diversos territorios del Globo cierta independencia para manejarlos. Cuando esa independencia falta casi, de poco sirven los recursos donados.

Para probar esto nos será suficiente dirigir nuestra mirada hacia la Polonia, cuyos habitantes, sumidos en la más nefanda esclavitud, no pueden progresar á pesar de las fuentes de vida de que están rodeados. Mientras que los poloneses no sacudan por completo el yugo que pesa sobre ellos, les será imposible adelantar. Es, pues, un hecho innegable que la libertad sacrosanta es otro de los principales elementos con que deben contar las naciones para seguir adelante.

Cuando la libertad se nulifica, cuando se pisotean inicualemente con planta impura los derechos que al hombre ha concedido la madre Naturaleza; cuando se aja la independencia de los pueblos, éstos se aletargan, modifican su curso, se encharcan, digámoslo así, y no siguen el cauce que les tiene trazado de antemano la sabia mano del Destino.

La cultura es la que engendra las libertades, no cabe duda, pues que mientras más aventajados son sus gobernantes y sus habitantes, menos extorsionados son éstos de los primeros. La razón es clarísima como la luz. Un pueblo ignorante necesita siempre un freno que lo contenga, pues sin él se desbordarían sus pasiones y se convertiría en un azote para la humanidad que lo rodeara. Un pueblo ilustrado no necesita de que se le unza al yugo. El hombre inteligente es virtuoso por su propia conveniencia. No hace mal á nadie por evitar que nadie lo perjudique. El rudo, por el contrario, hace el mal sin saber lo que hace y sin meditar las consecuencias.

Así, pues, mientras más culta é ilustrada es una nación, es más libre y, por consiguiente, aduna este elemento á los demás que la Naturaleza le haya otorgado para su crecimiento.

## III

## INMIGRACIÓN.

Asunto de mucha importancia para el adelantamiento de los pueblos, será siempre la protección que los gobiernos impartan á todas las empresas de colonización extranjera y á las inmigraciones en general, aprovechando los elementos de la tierra en beneficio de los nuevos habitantes, que ya sea por contrata, ya espontáneamente, vengán á poblar desiertas comarcas, cuya agricultura permanece en estado sedentario por falta de brazos.

Entendida la palabra *colonia* en su sentido general y más lato, de países ultramarinos conquistados por la metrópoli, dispútase mucho sobre su conveniencia. Ajeno es á nuestro propósito examinar latamente este asunto; limitaremos á decir que son convenientes en lo que respecta al comercio, la población, el territorio y la influencia de las naciones conquistadoras; pero que cuando las colonias, por su civilización, por sus recursos propios, por poder vivir con vida independiente, han llegado á la madurez, la metrópoli debe abrir la mano y trocar el imperio por el protectorado, la sujeción legal por la influencia moral, los deberes de los hijos menores por la respetuosa deferencia de los mayores emancipados.

No deben considerarse las colonias como minas explotables á la codicia, sino como campo mejorable por el cuidado; no se han de ver en ella dos razas enemigas ú hostiles, sino hijos todos de la madre patria en que el mayor cuide y defiende los derechos de los menores hasta que por sí puedan cuidarse y defenderse.

La legislación colonial española ha sido, sin disputa, la más humana, la más inteligente, la más benéfica de todas las legislaciones europeas; los Códigos de Indias son monumento perpetuo levantado en honor de los reyes que los formaron. Las crueldades que se achacan á los conquistadores, verdaderas unas, falsas otras, exageradas siempre, son el cortejo obligado de la guerra, cual entonces se conocía, y guerras en que el terror y el estrago eran las únicas garantías de los que combatían á miles de leguas sin más esperanza de salvación que la fama de sus hechos, la fe de sus razones y la fuerza de sus brazos.

Pero esas crueldades, reprobables siempre, jamás han encontrado eco en nuestras leyes, jamás se ha aprobado ni se ha mandado por los Gobiernos de España la extinción de las razas, ni se ha pagado á un tanto convenido las cabelleras de los indios escarpados, como lo han hecho Inglaterra y los Estados Unidos.

La nación que más colonias posee es Inglaterra, teniéndolas distribuidas en las cinco partes del mundo. De ellas, la más importante es la de las Indias Orientales. Siguen Holanda y Portugal y después Francia.

Pero actualmente, el elemento extranjero, si bien es benéfico al país en lo que se relaciona con el comercio y la industria, no lo es tratándose de agricultura y minería, porque repartidas las colonias extranjeras en sólo la capital y centros de población, quedan siempre los campos desprovistos de gente que los cultive y los haga fecundar.

#### IV

#### DESPOBLACIÓN.

El aumento continuo de la población es una ley del orden natural á la que la civilización debe procurar dar su apoyo. Cuando no existan las causas irregulares que ocasionan la despoblación, nace en un tiempo dado un número de hombres mayor que el de los que mueren; pero las epidemias, las guerras, las hambres, las emigraciones y la corrupción de las costumbres, combaten esta ley de aumento con bastante frecuencia. La Europa casi entera, el Asia, todo el litoral del Africa y aun la joven América, al resistir la invasión europea, han experimentado sucesivamente despoblaciones bastante considerables.

Echemos una rápida ojeada sobre las causas de la destrucción á las cuales vemos sometida á la tierra, y procuremos en seguida indicar los obstáculos que han retardado el aumento natural de la población.

La guerra, que desde las tradiciones más remotas, no ha cesado de ensangrentar alguna parte del Globo, y la epidemia, azote todavía más destructor, han costado á la tierra más habitantes de

los que ella contiene hoy. Imposible nos sería seguir á esas dos calamidades en sus devastaciones y calcular sus resultados; consignemos, pues, tan sólo dos observaciones esenciales: la primera es, que cada parte del mundo ha mandado su tributo de muerte á Europa, donde, ora la peste, ora las enfermedades venéreas, ora el cólera, han venido sucesivamente á añadir sus estragos á los causados por las viruelas; la segunda es que la despoblación que engendra la guerra cede rara vez tan luego como la espada vuelve á la vaina; la conquista de los países civilizados, por ejemplo, por los pueblos bárbaros, tiene para los vencidos consecuencias no menos funestas que la derrota misma. La miseria, el temor, el odio al yugo, la humillación de la servidumbre y la dispersión de las familias, secan de una manera irreparable los manantiales de la reproducción como los de la riqueza. ¡Véanse, si no, el Asia Menor y las costas Africanas!

Acontecimientos que á pesar de su carácter guerrero deben particularmente mirarse desde el punto de vista político, han ejercido en Europa una influencia poco menos funesta. Tales son, por ejemplo, las Cruzadas y la expulsión de los moros del territorio español. El fanatismo religioso que acaso no fué el solo consejero de estas dos grandes disposiciones cuyos resultados políticos no es aquí el lugar en que deben juzgarse, ha causado otros muchos perjuicios á la raza humana; otro fanatismo, el de la libertad, no ha querido quedar en zaga á los sangrientos ejemplos del primero, como si la religión y la libertad, las dos necesidades más nobles del corazón del hombre, debiesen ser también los dos resortes más poderosos para enardecer sus malas pasiones. Las pérdidas que ocasiona siempre un gran movimiento de hombres, los cambios de clima, y la dificultad de nuevos cultivos y de nuevas industrias, deben también hacer considerar las colonias como una causa de despoblación. Las emigraciones españolas á la América y á las Indias, han despoblado casi tanto la península ibérica como la expulsión de los moros, sin establecer en los países de Ultramar una suficiente recompensa. Por último, entre las grandes causas de despoblación de que el hombre no debe pedir cuentas más que á sus pasiones, es preciso contar, y con vergüenza, la trata de los negros.

Las instituciones políticas y las costumbres sociales que pueden considerarse como solidarias á causa de la influencia recíproca que

en ellas ejercen las unas sobre las otras, apresuran también la despoblación á medida que se corrompen, supuesto que por lo menos paralizan el aumento material de la población. Lo mismo puede decirse de la mala administración de los Gobiernos. No citaremos en el número de las instituciones políticas ó religiosas contrarias á la multiplicación de la especie, la poligamia entre los orientales, los votos monásticos y los ejércitos permanentes en el Occidente.

La poligamia entregando varias mujeres á un solo hombre, priva de mujeres á un número de hombres correlativo, sin contar con que la mujer, por otra parte, es más fecunda en el estado de matrimonio que en la vida del harem.

Háse pretendido que el número de los nacimientos de individuos hembras, era bastante superior al de varones, para justificar la poligamia; pero esta opinión no ha podido sostener el examen y está hoy completamente justificado, que la poligamia perjudica al progreso de la población, y esto sin hablar de la esterilidad á la cual están condenados los guardianes de las mujeres.

De cualquiera manera que sea, las incompletas nociones que poseemos relativamente á los pueblos de la más remota antigüedad, bastan para establecer de una manera incontestable que en los primeros siglos que han seguido á los cataclismos diluvianos, el aumento de la población ha sido incomparablemente más rápido que en los siglos modernos.

Y si después de haberse comparado la lentitud de esta progresión y la rapidez con que se ha desarrollado la importancia de la mayor parte de los pueblos de la antigüedad, se recuerda que el Egipto, la Siria, la Palestina, la Arabia, las islas del Mediterráneo, el litoral de Africa, la España y la Italia, han experimentado una incontestable disminución en su población, no estará muy lejos suponer, que la tierra ha podido ser en otra época, más rica en habitantes que lo que en el día es.

## CAPITULO XXV. CONTRIBUCIONES.

### I

#### ADUANAS.

A principios de la Edad Media, en aquella época en que el comercio estaba, por decirlo así, en estado embrionario, convenía menos preocuparse de la competencia extranjera que de retener en los países productores las materias indispensables á la producción. Por eso, sin duda, países eminentemente comerciales, como Inglaterra, penetrados de esta idea, adoptaron los mismos sistemas de prohibición que estuvieran en vigor en Francia desde el reinado de Felipe el Hermoso.

Digamos algo acerca de lo que hicieron en esta materia los hombres de la Revolución francesa.

Por la ley de 5 de Noviembre de 1790 se decretó la abolición de los derechos aduanales percibidos en el interior del país, y tales derechos fueron sustituidos por una tarifa especial y uniforme. Esta misma ley revisó al mismo tiempo los antiguos reglamentos de aduanas, á fin de apropiarlos al nuevo régimen que inauguraba la República francesa. La nueva tarifa establecióse y púsose en vigor el 1° de Julio de 1791.

Cuando la Asamblea Constituyente se ocupó de establecer el nuevo régimen aduanero de Francia, el país resentía aún los desastres financieros originados por el tratado de 1786. Por esa razón todos los franceses deseaban ardientemente que el trabajo nacio-